

DÍA 5

UNIDOS EN AMOR



Años atrás, al comienzo de mi ministerio, me invitaron a dirigir una semana de énfasis espiritual en una escuela primaria cristiana. A medida que la semana avanzaba, se me hizo evidente que dos de los maestros estaban teniendo un serio conflicto. Las actitudes negativas del uno hacia el otro regularmente afloraban en las reuniones del personal. Si uno sugería una idea, el otro se le oponía. Cuando ambos

estaban presentes en una reunión, había una sensación de tensión en el aire. Era evidente que se detestaban uno al otro.

Hacia el final de la semana, prediqué sobre la sublime oración intercesora de Cristo en Juan 17. Jesús estaba a punto de dejar a sus discípulos. Pronto sería traicionado y crucificado. Se levantaría de la tumba y ascendería a su Padre. Esta oración ferviente refleja lo que había en su corazón. Revela lo que

había en su mente justo antes de su muerte en la cruz. El Salvador estaba preocupado por la unidad

El anhelo de Cristo era que cesaran la disensión, los celos, la lucha por la supremacía y el conflicto entre sus discípulos.

de la iglesia. Oró: “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:21). El anhelo de Cristo era que cesaran la disensión, los celos, la lucha por la supremacía y el conflicto entre sus discípulos. Oró para que su unidad, a pesar de todas sus diferencias, revelara al mundo el poder de su amor.

Mientras compartía el anhelo del corazón de Jesús con estos alumnos y maestros, ocurrió algo notable. La última noche de nuestra semana de énfasis espiritual programamos una Santa Cena con lavamiento de pies. El Espíritu Santo se abrió paso. Dios causó un poderoso impacto. Los dos maestros que sufrían esa división, se arrodillaron y se lavaron los pies entre sí. El Espíritu de Dios derribó las barreras. Se abrazaron, confesaron sus actitudes negativas y oraron juntos.

EL DESEO DE SUPREMACÍA SE DESVANECIÓ

Los discípulos antes de Pentecostés también albergaban ambiciones egoístas. Inducida por el deseo de supremacía de sus hijos, la madre de Santiago y Juan le pidió a Jesús que cada uno de ellos tuviera un lugar prominente en lo que ellos creían que sería su reino terrenal próximo. “Ella le dijo: Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda” (Mat. 20:21). Esto, por supuesto, dio lugar a los

Los discípulos no pidieron una bendición para sí mismos. Sentían preocupación por las almas.

celos y la falta de unidad entre los otros discípulos. Meramente no estaban preparados para el derramamiento del Espíritu Santo con el poder pentecostal. Esta es una de las razones principales de que Jesús los instara a dedicar diez días a orar juntos en el aposento alto. Porque la unidad debe preceder al derramamiento del Espíritu Santo.

Cuando buscaron a Dios en oración, el Espíritu Santo unió sus corazones en amor cristiano. El relato de Hechos registra: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hech. 1:14). La descripción continúa en Hechos 2:1: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos”. Al comentar la experiencia de los discípulos en el aposento alto, Elena de White añade:

“Notemos que el Espíritu fue derramado después que los discípulos hubieron llegado a la unidad perfecta, cuando ya no contendían por el puesto más elevado. Eran unánimes. Habían desechado todas las diferencias. Y el testimonio que se da de ellos después que les fue dado el Espíritu es el mismo.

Notemos la expresión: ‘Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma’ (Hech. 4:32). El Espíritu de Aquel que había muerto para que los pecadores viviesen animaba a toda la congregación de los creyentes.

Los discípulos no pidieron una bendición para sí mismos. Sentían preocupación por las almas. El evangelio había de ser proclamado hasta los confines de la tierra y solicitaban la medida de poder que Cristo había prometido. Entonces fue cuando se derramó el Espíritu Santo y miles se convirtieron en un día” (*Consejos para la iglesia*, p. 176).

Durante estos diez días en el aposento alto, los discípulos confesaron sus diferencias menores entre sí. Se arrepintieron de sus celos y de su orgullo. Su corazón se llenó de amor por el Cristo que dio su vida por ellos y que ahora estaba a la diestra del Padre intercediendo en su favor. Sus ambiciones egoístas se consumieron por su amor a Cristo. Los discípulos experimentaron que “la unidad con Cristo establece un vínculo de unidad mutua. Esa unidad es la prueba más convincente ante el mundo de la majestad y virtud de Cristo y de su poder para eliminar los pecados” (Comentarios de Elena de White, *Comentario bíblico adventista*, t. 5, p. 1.122). La conversión auténtica redundaba en la unidad en el hogar y en la iglesia. Porque “los que estén verdaderamente convertidos se juntarán en unidad cristiana” (*Obreros evangélicos*, p. 500).

Cada creyente tiene dones que son valiosos para la edificación del cuerpo de Cristo.

LA BASE DE LA UNIDAD BÍBLICA

Esto nos lleva a algunas preguntas prácticas relacionadas con la unidad. La unidad, ¿significa que no hay diferencias de opinión? Los discípulos, ¿cómo pudieron participar de la unidad completa con disposiciones y personalidades tan distintas? ¿Qué es precisamente la unidad? ¿Cuál es la base de toda unidad en la iglesia cristiana? A continuación, hay cinco principios fundamentales que llevan a la unidad de la que habló Cristo:

1. Tenemos un Creador en común. Dios ha hecho a todas las naciones de una sola sangre. Somos uno en virtud del hecho de que tenemos un Padre en común. Él

Cuando los discípulos dedicaron tiempo para buscar a Dios en oración, el Espíritu Santo recalcó en sus mentes el hecho de que tenían un Creador, un Redentor, una herencia y una misión en común.

2. Tenemos un Redentor en común. Somos uno en virtud del hecho de que él nos redimió (Efe. 2:14-22).
3. Tenemos una herencia en común. Somos parte del cuerpo de Cristo, concedido por Dios para el servicio. Algunos tienen mayores dones que otros, pero cada creyente tiene dones que son valiosos para la edificación del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12:4-11, 18-21).
4. Tenemos un mensaje en común. Los discípulos estaban unidos a través de un mensaje de la verdad presente que los distinguía del mundo (Efe. 4:12, 13; Apoc. 14:6-12).
5. Tenemos una misión en común. Los discípulos estaban

unidos a través de la gran comisión de Cristo de alcanzar al mundo con el evangelio. Sus ambiciones egoístas, su orgullo y el deseo de supremacía se consumieron en el altar del compromiso de llevar el evangelio al mundo (Mat. 28:18-20).

Cuando los discípulos dedicaron tiempo para buscar a Dios en oración, el Espíritu Santo recalcó en sus mentes el hecho de que tenían un Creador, un Redentor, una herencia y una misión en común. Las cosas que los unían eran mucho mayores que cualquier cosa que los dividiera. Y descubrieron que las cosas que los dividían no eran nada importantes. En el libro *Los hechos de los apóstoles*, Elena de White describe esta unidad con estas palabras: “En estos primeros discípulos



había notable diversidad. Habían de ser los maestros del mundo, y representaban muy variados tipos de carácter. Con el fin de realizar con éxito la obra a la cual habían sido llamados, estos hombres, de diferentes características naturales y hábitos de vida, necesitaban unirse en sentimiento, pensamiento y acción. Cristo se propuso conseguir esta unidad. Con ese fin trató de unirlos con él mismo. La mayor preocupación de su trabajo en favor de ellos se expresa en la oración que dirigió a su Padre: ‘Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa... y que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado, como también a mí me has amado’ (Juan 17:21, 23). Su constante oración por ellos era que pudiesen ser santificados por la verdad; y oraba con seguridad, sabiendo que un decreto todopoderoso había sido dado antes de que el mundo fuese. Sabía que el evangelio del reino debía ser predicado en testimonio a todas las naciones; sabía que la verdad revestida con la omnipotencia del Espíritu Santo habría de vencer en la batalla contra el mal, y que la bandera teñida de sangre flamearía un día triunfalmente sobre sus seguidores” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 17, 18).

La frase “unidad de sentimiento, pensamiento y acción” es una expresión fascinante. ¿Qué es precisa-

mente la unidad de sentimiento, la unidad de pensamiento y la unidad de acción? La unidad de sentimiento se refiere a un amor genuino y al respeto mutuo. A pesar de las diferencias de personalidad, por medio de Cristo estos primeros cristianos tenían un amor mutuo que era evidente para los que los observaban. El apóstol Juan aconsejó a los creyentes con estas palabras: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios” (1 Juan 4:7). La unidad de pensamiento se refiere a un sistema básico de creencias en común. Los discípulos estaban unidos en Cristo y en sus enseñanzas. La confianza en sus enseñanzas los unía. La comprensión de la verdad que él enseñó los unificó. La aceptación de las doctrinas que él propugnó les dio un enfoque común. La unidad de acción se refiere a la comprensión de la aceptación de su misión. Los discípulos estaban enfocados en la terminación de la tarea que el Maestro les dio. Sentían pasión por la proclamación del mensaje de su amor por el mundo. Se consumieron compartiendo el evangelio en todo lugar posible. No permitirían que las diferencias de sus rasgos de personalidad, la manera de ver diversos temas o sus preferencias personales se interpusieran en el camino para llevar a cabo la misión

A pesar de las diferencias de personalidad, por medio de Cristo estos primeros cristianos tenían un amor mutuo que era evidente para los que los observaban.

de Cristo. Esto nos lleva a algunas preguntas crucialmente importantes para nuestra vida actual. ¿Por qué no considerar con oración las siguientes cinco preguntas? Úselas como motivo de oración. Si está estudiando este manual en un grupo pequeño, quizá desee analizar las preguntas antes de orar por ellas.

1. ¿Hay ocasiones en que mis opiniones personales crean conflictos en mi hogar o en la iglesia? ¿Qué podría hacer yo para reducir esos conflictos?

El día de Pentecostés les trajo la iluminación celestial. Las verdades que no podían entender mientras Cristo estaba con ellos quedaron aclaradas ahora.

2. Si tengo sentimientos de hostilidad hacia otro miembro de la iglesia, ¿qué pasos prácticos puedo dar para reducir el conflicto?
3. Si me han agraviado innecesariamente y estoy luchando por relacionarme con el que me causó daño, ¿cómo puedo tomar la iniciativa para salvar distancias en la relación?
4. Si soy dirigente en una iglesia local, ¿qué puedo hacer para fomentar la unidad?
5. ¿De qué manera la participación personal en la misión promueve la unidad de la iglesia?

¿Estoy involucrado de algún modo en la ganancia de almas? Si no, ¿por qué no habré de pedirle a Jesús que me oriente en lo que él quiere que haga?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *Los hechos de los apóstoles*, páginas 36-41.

Desde la caída de Adán, Cristo había estado confiando a sus siervos escogidos la semilla de su palabra, para que fuese sembrada en los corazones humanos. Durante su vida en la tierra había sembrado la semilla de la verdad, y la había regado con su sangre. Las conversiones que se produjeron en el día de Pentecostés fueron el resultado de esa siembra, la cosecha de la obra de Cristo, que revelaba el poder de su enseñanza.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y convincentes, no habrían eliminado el prejuicio que había resistido tanta evidencia. Pero el Espíritu Santo hizo penetrar los argumentos en los corazones con poder divino. Las palabras de los apóstoles eran como saetas agudas del Todopoderoso que convencían a los hombres de su terrible culpa por haber rechazado y

La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones.

crucificado al Señor de gloria.

Bajo la instrucción de Cristo, los discípulos habían sido inducidos a sentir su necesidad del Espíritu. Bajo la enseñanza del Espíritu, recibieron la preparación final y salieron a emprender la obra de su vida. Ya no eran ignorantes y sin cultura. Ya no eran una colección de unidades independientes, ni elementos discordantes y antagónicos. Ya no estaban sus esperanzas cifradas en la grandeza mundanal. Eran “unánimes... de un corazón y un alma” (Hech. 2:46; 4:32). Cristo llenaba sus pensamientos; su objeto era el adelantamiento de su reino. En mente y carácter habían llegado a ser como su Maestro, y los hombres “conocían que habían estado con Jesús” (Hech. 4:13).

El día de Pentecostés les trajo la iluminación celestial. Las verdades que no podían entender mientras Cristo estaba con ellos quedaron aclaradas ahora. Con una fe y una seguridad que nunca habían conocido antes, aceptaron las enseñanzas de la Palabra Sagrada. Ya no era más para ellos un asunto de fe el hecho de que Cristo era el Hijo de Dios. Sabían que, aunque vestido de la humanidad, era en verdad el Mesías, y contaban su experiencia al mundo con una confianza que llevaba consigo la convicción de que Dios estaba con ellos.

Podían pronunciar el nombre de Jesús con seguridad; porque ¿no era él su Amigo y Hermano mayor? Puestos en comunión con Cristo, se sentaron con él en los lugares celestiales. ¿Con qué ar-

diente lenguaje revestían sus ideas al testificar por él! Sus corazones estaban sobrecargados con una benevolencia tan plena, tan profunda, de tanto alcance, que los impelía a ir hasta los confines de la tierra para testificar del poder de Cristo. Estaban llenos de un intenso anhelo de llevar adelante la obra que él había comenzado. Comprendían la grandeza de su deuda para con el cielo y la responsabilidad de su obra. Fortalecidos por la dotación del Espíritu

La promesa del Espíritu Santo no se limita a ninguna edad ni raza.

Santo, salieron llenos de celo a extender los triunfos de la cruz. El Espíritu los animaba y hablaba por ellos. La paz de Cristo brillaba en sus rostros. Habían consagrado sus vidas a su servicio, y sus mismas facciones llevaban la evidencia de la entrega que habían hecho.

Cuando Cristo dio a sus discípulos la promesa del Espíritu, se estaba acercando al fin de su ministerio terrenal. Estaba a la sombra de la cruz, con una comprensión plena de la carga de culpa que estaba por descansar sobre él como portador del pecado. Antes de ofrecerse a sí mismo como víctima destinada al sacrificio, instruyó a sus discípulos en cuanto a la dádiva más esencial y completa que iba a conceder a sus seguidores: el don que iba a

poner al alcance de ellos los recursos inagotables de su gracia. “Y yo rogaré al Padre —dijo él—, y les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre: al Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero ustedes le conocen; porque está con ustedes, y será en ustedes” (Juan 14:16, 17). El Salvador estaba señalando hacia adelante, al tiempo cuando el Espíritu Santo vendría para realizar una obra poderosa como su representante. El mal que se había estado acumulando durante siglos, habría de ser resistido por el divino poder del Espíritu Santo.

¿Cuál fue el resultado del derramamiento del Espíritu en el día de Pentecostés? Las alegres nuevas de un Salvador resucitado fueron llevadas a las más alejadas partes del mundo habitado. Mientras los discípulos proclamaban el mensaje de la gracia redentora, los corazones se entregaban al poder de su mensaje. La iglesia veía afluir a ella conversos de todas direcciones. Los apóstatas se reconvertían. Los pecadores se unían con los creyentes en busca de la perla de gran precio. Algunos de los que habían sido los más enconados oponentes del evangelio, llegaron a ser sus campeones. Se cumplió la profecía: “El que entre ellos fuere flaco... será como David; y la casa de David... como el ángel de Jehová” (Zac. 12:8). Cada cristiano veía en su hermano una revelación del amor y la benevolencia divinos. Un solo interés prevalecía, un solo objeto de emulación hacía olvidar todos

Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba.

los demás. La ambición de los creyentes era revelar la semejanza del carácter de Cristo, y trabajar para el engrandecimiento de su reino.

“Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran esfuerzo; y gran gracia era en todos ellos” (Hech. 4:33). Gracias a estas labores fueron añadidos a la iglesia hombres escogidos que, al recibir la palabra de verdad, consagraron sus vidas al trabajo de dar a otros la esperanza que llenaba sus corazones de paz y gozo. No podían ser refrenados ni intimidados por amenazas. El Señor hablaba por su medio, y mientras iban de un lugar a otro, predicaban el evangelio a los pobres, y se efectuaban milagros de la gracia divina.

Tal es el poder con que Dios puede obrar cuando los hombres se entregan al dominio de su Espíritu.

La promesa del Espíritu Santo no se limita a ninguna edad ni raza. Cristo declaró que la influencia divina de su Espíritu estaría con sus seguidores hasta el fin. Desde el día de Pentecostés hasta ahora, el Consolador ha sido enviado a todos los que se han entregado plenamente al Señor y a su servicio. A todo el que ha aceptado

a Cristo como Salvador personal, el Espíritu Santo ha venido como consejero, santificador, guía y testigo. Cuanto más cerca de Dios han andado los creyentes, más clara y poderosamente han testificado del amor de su Redentor y de su gracia salvadora. Los hombres y las mujeres que a través de largos siglos de persecución y prueba gozaron de una gran medida de la presencia del Espíritu en sus vidas, se destacaron como señales y prodigios en el mundo. Revelaron ante los ángeles y los hombres el poder transformador del amor redentor.

Aquellos que en Pentecostés fueron dotados con el poder de lo alto, no quedaron desde entonces libres de tentación y prueba. Como testigos de la verdad y la justicia, eran repetidas veces asaltados por el enemigo de toda verdad, que trataba de despojarlos de su experiencia cristiana. Estaban obligados a luchar con todas las facultades dadas por Dios para alcanzar la medida de la estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Oraban diariamente en procura de nuevas provisiones de gracia para poder elevarse más y más hacia la perfección. Bajo la obra del Espíritu Santo, aun los más débiles, ejerciendo fe en Dios, aprendían a desarrollar las facultades que les habían sido confiadas y llegaron a ser santificados, refinados y ennoblecidos. Mientras se sometían con humildad a la influencia modeladora del Espíritu Santo, recibían de la plenitud de la Deidad y eran amoldados a la semejanza divina. 🔥